

CAPÍTULO XX.

Última explicacion sobre la disciplina, y digresion sobre la lengua latina.

Hemos dicho que ninguna nacion católica tenia que temer por sus usos particulares y legítimos de esta supremacia, que se pinta con tan falsos colores. Mas si los Papas miran con una condescendencia paternal estos usos, que la venerable antigüedad recomienda, las naciones por su parte deben tambien acordarse que las diferencias locales son casi siempre mas ó menos malas, desde que no son rigurosamente necesarias; porque propenden al aislamiento y al espíritu particular, que son dos cosas insoportables en nuestro sistema. Así como el andar, el gesto, el lenguaje, y hasta los vestidos de un hombre sabio anuncian su carácter, es preciso tambien que el exterior de la Iglesia católica anuncie su carácter de invariabilidad eterna. ¿Y quién le imprimirá este carácter, si no obedece, si no está subordinada á las órdenes de un jefe supremo y soberano; y si cada Iglesia puede entregarse á sus caprichos particulares? ¿no es á la influencia *única* de esta cabeza, ó jefe, á la que debe la Iglesia ese carácter *único*, que llama la atencion de los menos perspicaces; y sobre todo, á la que debe tambien esta lengua *católica*, que es la misma para todos los hombres y países de la misma creencia?

Acuérdome que Necker, en su obra de *La importancia de las opiniones religiosas*, decia: «Ya es tiempo en fin» de preguntar á la Iglesia romana porqué se obstina¹ en usar de una lengua desconocida: » y yo digo por el contrario; *ya es tiempo en fin* de no hablar mas de esto, ó de no hablarla de ello, sino para reconocer y alabar su profunda sabiduría. ¿Qué idea mas sublime que la de una lengua universal para la Iglesia universal! Desde

¹ El lenguaje no puede ser mas urbano: como de buen protestante.

un polo al otro polo, el católico que entra en una Iglesia de su rito se halla como en su país, y nada es extraño á sus ojos. Tan luego como llega, aunque venga de lejanas tierras, oye lo que ha oído toda su vida; puede unir su voz á la de sus hermanos: los entiende, y es entendido de ellos, y puede muy bien exclamar:

Roma es de todo el orbe comun centro;
Y la hallo donde quiera que me encuentro.

Rome est toute en tous lieux, elle est toute où je suis.

La fraternidad que resulta de una lengua comun es un lazo misterioso que tiene inmensa fuerza. En el siglo IX, Juan VIII, Pontífice demasiado condescendiente, habia concedido á los Esclavones el permiso de celebrar el oficio divino en su propia lengua; lo que no dejará de sorprender á quien haya leído la carta 195 de este Papa, en la cual él mismo reconoce los inconvenientes de esta tolerancia. Gregorio VII suspendió este permiso; mas ya no fué tiempo respecto de los Rusos; y se sabe cuánto ha costado esto á este gran pueblo. Si la lengua latina se hubiese fijado en Kief, en Novogorod y en Moscou, jamás se hubiera arrancado de allí; y los ilustres Esclavones, parientes de Roma por la lengua, no se hubieran echado en los brazos de esos Griegos degradados del Bajo Imperio, cuya historia causa lástima, cuando no causa horror.

Nada iguala á la dignidad de la lengua latina. Ella es la que hablo *el Pueblo-Rey*, quien le imprimió ese carácter de grandeza único en la historia del lenguaje humano, y que las demás lenguas, aun las mas perfectas, no han podido jamás obtener. La voz *majestad* pertenece al latin. La Grecia la ignora, y solo por esta *majestad* quedó inferior á Roma, tanto en las letras como en las armas¹. Nacida para mandar, esta lengua manda aun en los libros de los que la hablaron. Ella es la lengua de los

¹ *Fatale id Græciæ videtur, ut cum majestatis ignoraret nomen, sola hac quemadmodum in castris, ita in poesi caderetur. Quod quid sit, ac quanti, nec intelligunt qui alia non pauca sciunt, nec ignorant qui Græcorum scripta cum judicio legerunt. (Dan. Heinsii Ded. ad Filium, al principio de Virgilio de Elzevir, en 16, 1636.)*

conquistadores romanos, y la de los misioneros de la Iglesia romana, los cuales no se diferencian unos de otros, sino por el objeto y por el resultado de su acción. Entre los primeros se trataba de sujetar, de humillar y de destruir al género humano: los segundos venían á ilustrarle, á curarle, á salvarle; más siempre se trataba de vencer y de conquistar; de modo que en unos y otros se hallaba el mismo poder:

Y entre naciones tantas,
Hasta los apartados Garamantas
Del opuesto hemisferio,
Y hasta los Indios llevará su imperio.

.....Ultra Garamantas et Indos
Proferet imperium.....

Trajano, que fué el último esfuerzo del poder de Roma, no pudo sin embargo llevar su lengua más que hasta las orillas del Eufrates: más el romano Pontífice la ha hecho oír en las Indias, en la China, y en el Japon.

Ella es la lengua de la civilización. Mezclada con la de nuestros padres los bárbaros del Norte, supo perfeccionar, suavizar, y por decirlo así, *espiritualizar* sus idiomas groseros; que han llegado á ser lo que estamos viendo. Armados con esta lengua los enviados del sumo Pontífice, fueron á buscar por sí los pueblos que ya no venían á buscarlos: estos la oyeron hablar el día de su bautismo, y después nunca la han olvidado. Tiéndase la vista sobre un mapamundi, señálese en él la línea donde *esta lengua universal ha enmudecido*, y aquellos son los límites de la civilización y de la fraternidad europeas: más allá no se encontrará sino el parentesco humano, que felizmente se encuentra en todas partes: la señal europea es la lengua latina. Las medallas, las monedas, los trofeos, los sepulcros, los anales primitivos, las leyes, los cánones, todos los monumentos hablan en latín; y ¿deberán borrarse todos, ó no oírlos ya más? El último siglo, que se encarnizó contra todo cuanto hay de sagrado ó de respetable, no dejó de declarar la guerra á la lengua latina. Los Franceses, que dieron el impulso, olvidaron casi enteramente esta lengua, y se olvidaron á sí mismos hasta el punto de hacerla desaparecer de

sus monedas, sin reparar ni advertir aun ahora el delito que han cometido á un tiempo contra la razón europea, contra el gusto, y contra la Religión. Los Ingleses, aunque tan tenaces en sus usos, principian también ya á imitar á los Franceses; lo cual les sucede más frecuentemente de lo que se cree y ellos creen, si yo no me engaño. Contémplese los pedestales de sus estatuas modernas: ya no hallareis en ellos aquel gusto majestuoso y severo que grabó los epitafios de Newton y de Cristóbal Wren. En vez de aquel noble laconismo, leeréis sumarios históricos en lengua vulgar: de modo que el mármol, condenado á charlatanear, lloira la lengua de quien tomaba aquel bello estilo, famoso entre todos los estilos, y que desde la piedra donde estaba esculpido, se lanzaba en la memoria de todos los hombres.

Después de haber sido el instrumento de la civilización, no faltaba á la lengua latina sino un género de gloria que adquirió también, llegando á ser á su tiempo la lengua de la ciencia. Así es, que los grandes genios la adoptaron para comunicar al mundo sus luces y pensamientos: Copérnico, Keplero, Descartes, Newton, y otros ciento también muy apreciables, aunque menos célebres, han escrito en latín. Una multitud innumerable de historiadores, de publicistas, de teólogos, de médicos, de anticuarios, han llenado la Europa de obras latinas de todos géneros. Dulces y graciosos poetas, literatos de primer orden, volvieron á la lengua de Roma sus antiguas formas, llevándola á un grado de perfección, que no cesa de admirar á los hombres nacidos para comparar los nuevos escritores con sus modelos. Todas las demás lenguas, aunque cultivadas y entendidas, callan sin embargo en los monumentos antiguos, y probablemente callarán siempre; sólo la lengua de Roma, entre todas las lenguas muertas, es la que verdaderamente ha resucitado, y semejante á aquel á quien ella celebra hace veinte siglos, *una vez resucitada, no volverá á morir*¹.

¿Qué significa pues contra estos brillantes privilegios, la objeción vulgar, y tantas veces repetida, de que es *una lengua desconocida al pueblo*? Los protestantes han

¹ Christus resurgens ex mortuis jam non moritur. Rom. vi, 9.

repetido mucho esta objecion, sin reflexionar que la parte del culto que nos es comun con ellos está en lengua vulgar para unos y otros. Entre ellos la parte principal, y por decirlo así, el alma del culto, es la predicacion, que por su naturaleza y en todos los cultos se hace en lengua vulgar. Pero entre nosotros el verdadero *culto es el sacrificio*, y todo lo demás es accesorio: ¿y qué le importa al pueblo que estas palabras sacramentales, que solo se pronuncian con voz baja, se reciten en francés, en español, en alemán, etc., ó en hebreo?

Además se comete sobre la liturgia el mismo sofisma que sobre la santa Escritura. No cesan de hablarnos de *lengua desconocida*, como si se tratase de la lengua china ó del sanscrit: el que no entiende la Escritura ó el oficio divino, puede fácilmente aprender el latín. Aun con respecto á las mujeres decia Fenelon: « Qué él querria » mas bien hacerlas aprender el latín, para que entendiesen el oficio divino, que el italiano para leer poesías amorosas¹. » Pero el que se halla preocupado no oye, ni atiende jamás á razones: tres siglos há que nos acusan seriamente de que *ocultamos* la santa Escritura y las oraciones públicas, cuando las presentamos en una lengua conocida de todo hombre que pueda llamarse, no digo *sabio*, sino aun simplemente *instruido*; y que cualquiera ignorante que se cansé de serlo puede aprender en pocos meses.

Fuera de esto, se ha proveido á todo con varias traducciones de todas las oraciones de la Iglesia, de las cuales unas manifiestan las palabras, y otras el sentido: libros, que siendo como son infinitos, se adaptan á todas las edades, á todas las inteligencias, y á todos los caracteres. Ciertas palabras señaladas de la lengua original²,

¹ Fenelon, en el libro *De l'éducation des filles*. Este grande hombre parece que no temía que la mujer que llegase á entender bien el latín de la liturgia no se veria tentada á comprender tambien el de Ovidio.

² Por ejemplo, el *Kyrie eleison*, el tocar de la campanilla á la elevacion de la Hostia, etc., el porta paz, hasta la hoja con lámina al principio del cánon, ó como el comun de las gentes dice, al *Sanctus*, etc., todo lleva como por la mano á fijar la atencion de los asistentes, y unir su intencion con el celebrante. Conocemos que á

que todos conocen; ciertas ceremonias, ciertos movimientos, y aun ciertos tonos ó ruidos, avisan al asistente mas ignorante de lo que se hace y de lo que se dice; de modo que siempre puede hallarse en armonía perfecta con el celebrante, y si se distrae, será por su culpa.

En cuanto al pueblo propiamente dicho, si no entienden las palabras, tanto mejor: la inteligencia nada pierde y el respeto gana. El que nada comprende, comprende mejor que el que comprende mal. Por otra parte, ¿cómo podria quejarse de una Religión que lo hace todo por él? Al ignorante, al pobre, al humilde es á quien instruye, á quien consuela, y á quien ama con preferencia. Y en cuanto á los sabios ¿porqué no les ha de decir en latín lo único que tiene que decirles, á saber, *que no hay salvacion para el soberbio*?

En fin, toda lengua variable conviene muy poco á una Religión inmutable. El movimiento natural de las cosas ataca constantemente á las lenguas vivas; y sin hablar de las grandes mudanzas que las desnaturalizan absolutamente, hay aun otras que no parecen muy importantes, y que lo son mucho. La corrupcion del siglo se apodera todos los dias de ciertas voces, y aun las corrompe y estropea para divertirse. Si la Iglesia hablase nuestra lengua, podria acaso depender de cualquier talento atrevido hacer ridícula ó indecente la palabra mas sagrada de la liturgia. Así pues, bajo todas las relaciones imaginables, la lengua religiosa debe ponerse fuera del dominio del hombre.

alguno parecieran infuciosidad estas explicaciones; no hablamos con él, sino con los sencillos: al que las perciba con la simple lectura del autor, le rogamos que no las lea.